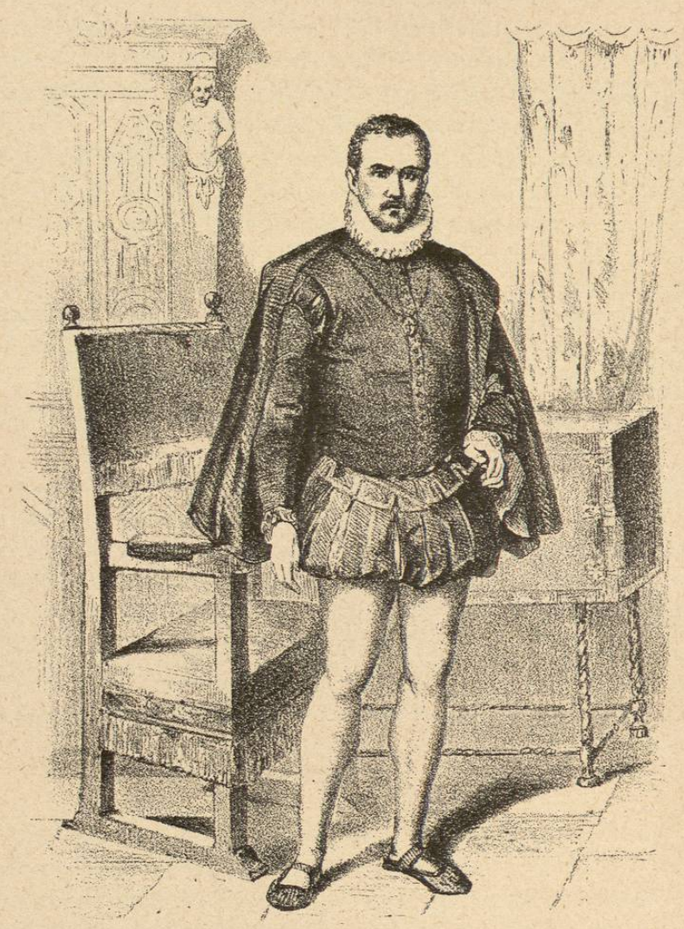

D. MARTÍN CORTÉS.

CAPÍTULO XXI

EL FAUSTO COLONIAL

La opulencia y riqueza del México colonial fué tan grande que parece á veces fabulosa, cuando la relatan los cronistas contemporáneos; pero tan cierta como el estado miserable en que estuvo la clase ínfima del pueblo.

Aquella ciudad fué la ciudad de los contrastes. Por un lado soberbios edificios, verdaderas fortalezas de grandes zaguanes, de anchos patios y de largos corredores, llenos de todas las comodidades apetecibles; y por el otro, más allá de la *traza*, en los barrios, las humildísimas habitaciones de los indios, estrechas, de construcción deleznable, apenas capaces de contener á la familia, sin los más indispensables muebles.

En el centro de la ciudad vivían las clases privilegiadas, los descendientes de conquistadores y encomenderos, los ricos que habían labrado su fortuna en la explotación de las minas, los hacendados cuyas propiedades no tenían límites, los comerciantes que habían henchido sus cajas, no sólo con un trabajo asiduo, también protegidos por el monopolio.

En cambio, el indio, el negro, el mestizo, el mulato, y toda esa multitud de castas hijas de la raza conquistadora, de la importada y de la criolla, vivían luchando por la existencia, trabajando los infectos tiros de las minas, cultivando las sementeras, aprendiendo las nuevas industrias, conservando las antiguas.

Para la clase alta, para la nobleza improvisada, eran los torneos los juegos de cañas y sortijas, los saraos en Palacio, los magníficos caballos, las soberbias carrozas, las borlas y los grados universitarios,

los más honoríficos empleos en la Secretaría del virreinato, en la Audiencia, en la Real Hacienda y aun en las jerarquías eclesiásticas.

Para los que sostenían todo aquello, para los que multiplicaban las semillas en el campo, extraían los metales de las entrañas de la tierra, levantaban los templos y palacios; para ellos era el maltrato, los perros y el látigo del encomendero, la irritante soberbia del conquistador, las contribuciones y las gabelas todas.

Así vivía la colonia. No inventamos ni mucho menos nos acusa la conciencia de exagerar y de abultar los hechos: ahí están relatados por veraces y religiosos cronistas; en diarios escritos por vecinos desapasionados; por ilustres é insignes virreyes, que nos dejaron en algunas de sus intrucciones, cuadros completos de aquella sociedad colonial tan llena de tesoros como de miserias.

Quien estudie esos viejos libros y documentos, hoy polvorientos y apolillados; quien se detenga á reflexionar sobre los acontecimientos que están consignados en sus amarillentas páginas, podrá formar juicio sobre aquellos hombres y sucesos.

En la capital de Nueva España, el lujo y las costumbres aristocráticas formaron una especie de corte con todos sus respectivos accesorios.

El tipo de aquella sociedad, está caracterizado en D. Martín Cortés, segundo Marqués del Valle, quien luego que hubo venido de España, estableció su casa bajo un pie lucido y fastuoso.

Sus pajes y servidumbre vestían ricas libreas. Cuando salía á la calle montado á caballo, se hacía escoltar de una especie de escudero con celada en la cabeza, y lanza en ristre cubierto el hierro con una funda con borlas de seda; lanza que más parecía Guión Real, según aseguraron sus enemigos.

Mandó hacer un sello de plata para el despacho de sus negocios, el cual tuvo dimensiones semejantes al que se empleaba para las provisiones reales, "con una corona pequeña y el lema alrededor "Martinus Cortesus primus hujus nominis Dux Marchio secundus.".

En las iglesias colocaba para él y para su esposa sitiales de terciopelo "con almohadas y sillas en que sentarse"

En medio de esta ostentación, digna de un príncipe, se mostraba frío, reservado, altivo, "como quien conociendo su superioridad no quiere abatirla, dando pie para que los pequeños la insulten." Por el contrario, aparecía muy afable con los que juzgaba superiores, con los individuos que por su caudal ó nobleza podían competir con él, y buscaba con ahinco el trato de la primera autoridad del país, con el que entonces era Virrey, D. Luis de Velasco [1].

Como D. Martín, hubo otros muchos nobles que desplegaron todo el lujo que les fué posible.

Había individuos, en cuyas casas todo era regio, suntuoso. Los mejores muebles que se conocían, las más preciosas alfombras y riquísimas vajillas de plata, se ostentaban en sus palacios.

Eran espléndidos en sus fiestas y en las ceremonias públicas. Cuando un rico se casaba ó celebraba el bautizo de uno de sus hijos, era costumbre colocar barras de plata maciza desde el templo hasta la habitación del novio, ó desde la parroquia hasta la alcoba.

Como buenos caballeros poseían magníficos salones de armas y caballos con los mejores arneses.

Con razón decía Balbuena en 1603, refiriéndose á los últimos:

Los caballos lozanos, bravos, fieros;
Soberbias casas; calles suntuosas;
Ginetes mil, en mano y pies ligeros;
Ricos jaeces de libreas costosas
De aljofar, perlas, oro y predrería
Son en sus plazas ordinarias cosas.
Pues la destreza, gala y bizarría
Del medido ginete y su acicate,
En seda envuelto y varia plumería,
¿Qué lengua habrá ó pincel que le retrate
En aquel aire y gallardía ligera,
Que á Marte imita en un feroz combate? (2)

Y lo confirma un viajero inglés, que visitó por los años de 1624 á 1625 la capital de la colonia: Tomás Gage.

1. *Noticia Histórica de la Conjuración del Marqués del Valle*, págs. 25 y 26.
2. *Grandeza Mexicana.*—Madrid.—1829.—Imprenta de D. Miguel de Burgos, Cap. III, pág. 25.

Dice que en aquellos tiempos se tenía por refrán en México, que había que ver cuatro cosas: "las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles." "Podría añadirse la quinta, agrega, que sería los trenes de la nobleza, que son mucho más espléndidos y costosos que los de la corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa; porque no perdonan para enriquecerlos ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, ni el brocado de oro, ni las exquisitas sedas de la China. Realzan aún más la natural hermosura de los caballos, los arneses tachonados de piedras preciosas, las herraduras de plata, y cuanto puede hacer más suntuoso y magnífico su aderezo."

El mismo viajero nos asegura que hombres y mujeres gastaban mucho en sus vestidos, pues sus ropas eran comunmente de seda; que las piedras preciosas y las perlas eran tan comunes, que abundaban en los sombreros de los ricos los cordones y las hebillas de diamantes, y en los menestrales y gentes de oficio los cintillos de perlas.

Afirma que hasta las negras esclavas hacían alarde de buenas joyas, y á propósito de ellas, hé aquí cómo describe sus vestidos.

"Llevan de ordinario—dice—una saya de seda ó de indiana finísima recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro, y con caídas que les bajan por detrás y por delante hasta el ribete de la basquiña. Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se las atan con lazos de oro y plata. Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas. Las mangas son de rico lienzo de Holanda, ó de la China, muy anchas, abiertas por la extremidad, con bordados; unas de sedas de colores, y otras de seda, oro y plata, y largas hasta el suelo. El tocado de sus cabellos, ó más bien de sus guedejas, es una escofieta de infinitas labores, y sobre la escofieta se ponen una redecilla de seda, atada con una hermosa cinta de oro, de plata ó de seda que se cruzan por encima de la frente, y en la cual se leen algunas letras bordadas, que dicen versos ó cualquier pensamiento de amor. Cúbrense el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello á guisa de rebocillo, y cuando salen de casa añaden á su atavío una mantilla de linón ó de cambray, orlada de una randa muy ancha de encajes: algunas la llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.

Por último—concluye—sus zapatos son muy altos y con muchas suelas guarnecidas por fuera de un borde de plata clavado con tachuelitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha."[1]

Por hiperbólica, por fantástica que sea la anterior descripción que nos dejó el buen inglés, ella nos hace reflexionar que si los trajes de las esclavas eran tan costosos, ¡ cuánto no lo serían los de sus dueños!

Y aquellos ricos no sólo derrochaban el dinero en trenes y caballos, en trajes y fiestas, también eran pródigos en regalos á las iglesias y á los conventos. De su gran liberalidad en este sentido, buena muestra son los *Diarios* que escribieron Robles y Guijo:

Citemos algunos datos. El 2 de Enero de 1671, murió muy viejo el capitán D. Melchor de Terreros, el cual dejó $ 5,000 á las monjas de Regina, después de haber gastado en la reedificación de esta iglesia $ 300,000; en 7 de Diciembre del mismo año, se dedicó la de Balvanera, en la que gastó Doña Beatriz de Miranda $ 250,000; en 10 de Agosto de 1695, profesó Doña Juana de Canales, la cual dejó $ 400,000 para obras pías, y en fin, el año de 1676 D. Diego del Castillo dió 100,000 á la iglesia de Santa Isabel.

Innumerables son las donaciones de que podríamos hacer aquí mención; pero basten las preinsertas para que el lector se forme idea de aquella sociedad colonial tan lujosa, tan espléndida, en su trato y en sus vestidos; tan liberal y tan pródiga en sus obsequios y en sus limosnas; pero en la que hubo también más de un noble—como dice Torquemada— que no pudo sostener sino con pobreza, la nobleza de sus padres.

1. *Nueva relación que contiene los viajes de Tomás Gage en Nueva España.*—Capítulo XXI.